

EL VIEJO

-Apenas si puedo recordar el nombre de las mujeres, sabes. Y tú quieres que te diga ahora, después de tanto tiempo, por qué luchábamos.

-No es necesario que exagere. Seguramente se acuerda de todo, hasta de detalles triviales.

-Tienes razón, muchacho, de eso sí. No sé por qué causa, pero los detalles quedan como pegados a la memoria, vuelven una y otra vez sin que uno los reclame. Insistentes.

-Pero usted arriesgaba su vida, verdad? Muchas veces, por lo que me han dicho. Algo debe saber de eso.

-No creas que uno sabe tanto, al final, de su propia vida. Eso es como una tela que se va tejiendo, como un dibujo que te lleva de una forma a otra sin que tú lo quieras-. Hizo una breve pausa-. Sin que te sientas obligado tampoco. Eso es lo difícil de entender, me parece: que tú siempre te sientes libre, y como el dueño de todo, decidiendo lo que vas a hacer y adónde vas a ir, pero después, cuando piensas en las cosas, ves que siempre había como una trama, ¿te das cuenta?- Allí, el viejo se contuvo por un momento, perdidos sus ojos azules en la niebla de la tarde andina. Cuando iba a continuar, tal vez, el joven de los pantalones de pana le dijo:

-¿Usted cree en el destino?

-Yo no sé que vaina es esa del destino, y me disculpas por la palabra. Y tampoco el destino, diría yo. Uno mismo es el que va haciendo su vida, comprendes, y su vida pasada también es como lo que dicen el destino.

-Dígame, ¿usted estuvo en el asalto al tren de la costa, verdad?

-Todo el mundo sabe que sí. Aunque las cosas no fueron tan así como las dicen.

-¿Cómo fueron, pues?

-Bueno, no es un asunto sencillo de contar. Tal vez no valga la pena ahora volver sobre esa historia, después de tanto que han hablado. Hasta escribieron un libro.

-¿Usted no lo leyó?

-Yo no leo mucho, por la vista. Pero igual ya sé lo que dicen ahí, lo que siempre se ha repetido. No quise perder tiempo leyendo una historia que yo conozco mucho mejor. Lo que sí me gustaron fueron las fotografías.

-El tren llevaba la paga del ejército, no?

-Sí, de los propios soldados que peleaban contra nosotros. Necesitábamos ese dinero y queríamos también mostrarle al General Zulueta que a él se lo podía derrotar como a cualquier otro. Por eso lo del tren fue tan importante. Un estudiante, un muchacho inteligente que después fue ingeniero, averiguó todo. Lo hizo muy bien, con dibujos y planos, con todos los detalles. El tipo era muy bueno-. El viejo, lentamente, chupó y encendió un negro tabaco-. Había que parar el tren en una cuesta, pero sin que ellos notaran nada, como algo natural, para no ponerlos sobre aviso. Ese era un problema. El otro era la caja fuerte.

-Ustedes se la llevaron en dos mulas hasta un rancho próximo, ¿verdad?

-Sí, muy cerca del mar. Pero ese es otro cuento.

-El grupo que hizo el asalto era como de unos siete hombres, ¿no?

-Sí, *como* de unos siete hombres-. El viejo subrayó la palabra y otra vez se quedó contemplando el horizonte de la sierra, fumando despaciosamente. Pero ahora tenía una sonrisita cómplice y el silencio, deliberado y nítido, era elocuente en su sentido.

Jaime, después de tomar un mínimo trago del aguardiente que el viejo le había ofrecido en una copita deslucida, abrió la carpeta: su tesis no debía contener imprecisiones, ni aun en cuestiones laterales.

-Según lo que yo tengo entendido estaban Medina, que era el jefe; Iriarte, un mulato que era muy bueno con las armas y que murió en la acción; un tal Bommer o Bonder...

-Bonder, Augusto Bonder.

-...el catire Ulloa, Francisco Mendoza, el italiano Galdini, que era experto en explosivos, y usted.

-Bandini no sabía nada de explosivos y nosotros nunca le creímos, pero era muy bueno para la acción, pensaba rápido-. Ahí el viejo se detuvo, aplastó el cigarro y dijo sin énfasis:- Yo no estaba.

La sorpresa de Jaime fue auténtica; también su desconfianza. Tal vez ahora el hombre chocheaba, se dijo, o quería impresionarlo con una fantasía exenta de cordura.

-Pero todos lo dicen, lo dijeron en el momento y durante años, ¿por qué irían a mentir?

-Ya te había anticipado que este asunto era más complicado de lo que parecía. Fíjate bien en esos papeles y verás una cosa: nunca Medina ni Bonder afirmaron que yo hubiera estado presente en el asalto; tampoco lo negaron. En el juicio que hubo después, ni el maquinista del tren ni el sargento, que yo recuerde, me mencionaron para nada. La confusión viene porque yo me uní a ellos enseguida, ya amaneciendo, cuando íbamos con las mulas rumbo al

rancho. Esa maldita caja pesaba una enormidad y el italiano, después de mucho alboroto, dijo que no podía abrirla. Además tenía un brazo herido y, claro, no podía hacer mucho.

-Eso sí lo sabía. Pero usted, ¿dónde estaba usted?

-Verás, hay cosas que a veces es preferible no contar. A nadie se favorece dando tantos detalles, pienso yo.

La tarde estaba disipándose y el cielo, de un azul cada vez más frío y más oscuro, transmitía al lugar una última transparencia irreal. El viejo se arropó con una gastada manta y bebió lentamente. Luego, práctico y hospitalario, agregó:

-Mejor será que pasemos adentro. Yo no como mucho por las noches, pero hay un buen queso que me trajeron esta mañana de la sierra, y hay también carne.

Poco se habló durante la cena, que compartieron con una hija de él -ya mayor- y dos niños de facciones regulares y firmes, biznietos del anciano. El viejo casi no comió pero mascó parsimoniosamente el excelente queso, satisfecho de su calidad.

Pronto se quedaron otra vez los dos solos, en el pequeño comedor. El viejo fumaba, pensativo.

-¿Tú vas a poner en esa tesis todo lo que yo te diga, o algunas cosas nomás?

-Bueno, es difícil escribirlo todo. No se olvide que se trata de un estudio sobre la lucha en la costa, no sólo del asalto al tren. Además, usted no me ha dicho mucho todavía.

-Es que son cosas personales. A uno le provoca contarlas, a veces, pero se pregunta qué podrá ganarse revolviendo el pasado, a quién se puede beneficiar así. Y se calla.

-Siempre hay cosas personales, pero está también lo que va quedando para la historia. Las acciones, lo que se piensa de las cosas...

-Es que eso, fíjate, es lo más personal de todo. Otra vez te vas a asombrar, y a lo mejor ni me crees, si te digo que yo no pensaba tanto en lo que íbamos a hacer. Tenía también otros problemas en la cabeza-. Sonrió levemente-. No sé si estaba un poco enfermo, o algo de eso; no fui a todas las reuniones que se hicieron.

-¿Dónde se reunían?

-Eso variaba; no te olvides que estábamos casi rodeados por el ejército y no nos podíamos poner mucho en evidencia. Casi siempre en los ranchos que nos prestaban, o en un galpón que había al lado de una cantera abandonada.

-¿Mucha gente los apoyaba?

-Sí, pero no tanto como dicen ahora, que estaba todo el mundo a favor nuestro. Nosotros éramos pocos y la gente también dudaba, no quería arriesgarse. Era peligroso para ellos porque se tenían que quedar en su sitio mientras que nosotros seguíamos para otras partes. A veces les quemaban los ranchos, les mataban los animales, los torturaban. Casi siempre se violaban a las mujeres.

Hubo algo en el viejo que intrigó nuevamente al otro, al paciente historiador. Hizo una conjetura al azar:

-Usted habrá tenido amores con alguna de las muchachas de la zona, me supongo.

-Te supones bien.

-Pero no sería cosa fácil.

Ahora el viejo rió. Suavemente, sin abrir la boca, haciendo un sonido regular y contagioso.

-Vas bien, vas bien, por ahí anda la cosa-. Hizo una pausa para tomar un traguito de aguardiente y continuó divertido:

-Yo tenía poco más de veinte años. Luchábamos contra la dictadura asesina del General Zulueta para cambiarla por un régimen que fuera de verdad distinto; queríamos que hubiera libertades para el pueblo, tierra para los campesinos, un poco de justicia. Yo odiaba a Zulueta, lo despreciaba, me parecía un cobarde que atormentaba al pueblo mientras disfrutaba en su palacio, en la comodidad de la capital. Pero era también joven y me sentía como un héroe. Sabía cómo me veían las mujeres, cómo las asustaba y las atraía a la vez. Todo fue bien mientras aprovechamos las pocas oportunidades que teníamos como hombres alzados, errantes, y no nos comprometimos demasiado. Pero eso no duró-. Ahora su tono fue más lento, más profundo-: Una mañana, como tres meses antes de lo del tren, llegamos a un rancho contra el que los soldados se habían ensañado más que nunca. Eran bárbaros. Habían torturado y matado a un campesino, un tipo no muy joven que a veces nos hacía de correo; todavía recuerdo su cuerpo desnudo, lleno de golpes y de manchas de sangre. Al lado estaba la mujer: golpeada también, y seguramente violada muchas veces, amarrada de manos. Estaba inconsciente.

-¿No tenían hijos?

-Habían quedado esa noche en el pueblo, en casa de su madre, dijo ella después. Eso los había salvado. Medina dispuso que la trajéramos con nosotros, para protegerla, pero yo le vi en los ojos también el deseo de otra cosa. Así que la llevamos a un sitio de pescadores, donde no la conocían, y donde nuestros amigos la podían ayudar. Ella lloró durante todo el viaje, pero se puso en pocos días. Por supuesto, Medina la hizo su mujer.

-¿Usted la vio después?

-Muy raras veces. A él no le gustaba que nos acercáramos, y al fin y al cabo ese no era asunto mío.

-Pero...

-Yo no la busqué, ni traté de quitarle nada a Medina, aunque había algo en el asunto que no acababa de gustarme. Ella era una mujer de carnes secas, no muy bonita; tenía unos cuantos años más que yo. Pero me miraba a veces como si fuera a pedirme algo, callada, y una vez hasta lo provocó a Medina, lo desafió; él le pegó en la cara-. El viejo sirvió más aguardiente en las gastadas copas. Afuera hacía frío, y se oía el canto monótono de los pequeños animales nocturnos.

-Esa misma noche la visité, sí. Llegué a su rancho tarde, para que no me vieran, y la encontré despierta. "Te esperaba", me dijo en un susurro. Después de eso, con mucha discreción, volví para allá varias veces.

-Y Medina, ¿no se dio cuenta?

-Verás, nunca pude saberlo bien. De seguro algo sospechaba, pero nada me dijo. No hubiera podido aceptarlo y, después de todo, la mujer no representaba mucho para él.

-¿Y para usted?

-No sé-. Abrió la boca como para decir algo, se detuvo, y luego agregó:- Todo duró muy poco tiempo.

El viejo se encerró en un silencio pesado, casi hosco, mientras caminaba por la habitación. Jaime lo dejó por unos momentos, pero luego insistió:

-Usted pasó la noche antes del asalto con ella, ¿no?

-Sí pues, claro. Aunque no me fue fácil-. Otra vez los ojos cansados del anciano se iluminaron:- Medina nos había juntado a todos, a los siete, en el sitio ese de la cantera. Teníamos una mula, bien cargada, que íbamos a atravesar en las vías, en una parte de mucha pendiente; debía ser a eso de las cinco, justo cuando pasara el tren. Estuvimos conversando, repasando los detalles hasta muy tarde. Nadie bebía esa noche y yo pensaba. Quería ir hasta su rancho, casi como para despedirme, pero no podía salir sin dar alguna explicación. Medina era muy desconfiado, ves.

Esta vez fue Jaime el que volvió a servir la bebida.

-Esperé, durante mucho tiempo, hasta que por fin algunos fueron quedándose dormidos. Medina se acomodó entre unas mantas y le ordenó a Ulloa que fuera a vigilar a los caballos; yo lo acompañé. Para mí, la decisión estaba ya tomada: le dije al catire que volvía enseguida, haciéndole una mueca para que me entendiera, una mueca un poco grosera, y salí lo más ligero que pude. Ya era muy tarde, y tenía por delante todavía como una hora de marcha sólo para ir. En esa época no usábamos relojes, y me demoré demasiado: la noche se me hacía corta, se me escapaba-. Jaime sonrió-. Bueno, no sólo por culpa de no tener reloj. Me vi muy apurado para regresar: quería llegar a tiempo, comprendes, participar en la acción, porque sabía que era importante y no quería que fueran a creer que me estaba corriendo.

-Pero no los pudo alcanzar...

-Bueno, oí los tiros cuando todavía me faltaba un poco para llegar. No los veía, pero imaginaba bien por donde podían estar. Los encontré cuando se acercaban al rancho, subiendo unas colinas altas que hay cerca del mar, porque la caja fuerte no les permitía avanzar rápido. Estaba amaneciendo ya, y faltaba Iriarte. Ese fue el peor momento: Medina me miró fijo y me gritó, todavía de lejos: "¡Carajo..! ¡Adónde estabas?" No respondí; pensé que iba a matarme allí mismo. Pero había mucho por hacer; me dio la espalda y siguió por la cuesta, espoleando al caballo. Yo preferí no hablar. Me ocupé junto con Mendoza de las mulas y así, en un rato, estuvimos en el rancho.

-¿Nadie pensó que hubiese desertado por cobardía, o algo de eso?

-Sí, Bonder. Pero el catire, que había visto mi partida, me defendió como no te imaginas. Medina me miraba feo, pero no me acusaba; fue entonces cuando pensé que había adivinado todo. Ellos sabían que yo era un hombre de pelea, que no me iba a asustar por unos cuantos infelices armados cuando ya me había arriesgado tanto en El Turpial y en otros sitios. Así que la cosa quedó ahí; a nadie le convenía que el grupo se dividiese, y teníamos muchos problemas por delante.

-La caja.

-Sí; la caja fuerte. La teníamos ahora, pero de nada nos servía porque no podíamos abrirla. Galdini se quejaba de su brazo y daba órdenes que nadie entendía ni escuchaba. Estaba fabricada con el mejor acero, seguramente, y se resistía a nuestros esfuerzos como si fuera algo más que una cosa de metal: el catire le descargó su revólver, desde cerca, pero no logró abrirla, ni siquiera rasguñarla; resultaba demasiado para nosotros. Estuvimos todo el día en eso, mientras Mendoza bajaba hasta la playa para buscar ayuda, disfrazado de pescador. Al final pudimos embarcarla en una balandra, esa misma noche por suerte, con mucho esfuerzo. Era de un compadre de Medina que no estaba metido en la revolución y que nos hizo el favor. La llevamos a las islas y allí hasta tuvimos que pagar para que la abrieran. Había bastante oro, de todas maneras.

-¿No tuvieron problemas con las tropas?

-No, aunque a veces hayan dicho otra cosa. El jefe de la zona era un coronel amigo de Zulueta, sin muchas agallas para eso de perseguir gente armada; bueno para enfrentarse a campesinos o pescadores, nada más. Su nombre era Guevara, José Santos Guevara: un pobre hombre. Organizó unas batidas, sí, con muchos soldados, pero no tenía ninguna imaginación. Era como pelear contra un muchacho-. El viejo se desperezó, tomando el último vasito de licor-: Cuando se esparció la noticia, esa misma mañana, supimos que habíamos logrado más de lo que esperábamos. Si hasta el mismo General Zulueta estaba muerto de miedo, decían, porque temía que sin paga las tropas se le amotinaran.

-Sí, ese fue el punto en que la revolución comenzó a extenderse de verdad, a todo el país.

Ya en la alta noche los dos, fumando, parecían encerrarse en sí mismos. El sueño batallaba contra las vivas imágenes del pasado; el frío, lentamente, los acercaba a las ruanas protectoras.

-Y ella., usted no me dijo su nombre, ¿qué fue de ella?

-No sé, no recuerdo su nombre-. El viejo disimuló torpemente una sonrisa maliciosa-. Nunca más supe de ella.

Y rió, con una risa suave, cristalina: -Creo que vas a tener que pasar la noche aquí, en alguna parte. Lo poco que ya queda de la noche.

Carlos Sabino

Caracas, 1988